

D. H. LAWRENCE

La serpiente emplumada



Menos popular que *El amante de Lady Chatterley*, *La serpiente emplumada* es probablemente la mejor novela de D.H. Lawrence. En ella se entremezclan la atmósfera densa y extraña de un México cruel y fascinante, los sentimientos turbadores que quieren creer que la clave de la vida se encuentra en la vívida relación carnal entre hombre y mujer, y la descripción de un viaje al interior de la conciencia mítica del ser humano en el que se hace emerger potencias oscuras y liturgias ancestrales.

CAPÍTULO I

PRINCIPIO DE UNA CORRIDA DE TOROS

NOTA GENERAL: Las palabras que van en bastardilla, señaladas con asterisco, vienen en español en el original.

Era el domingo después de Pascua y la última corrida de toros de la temporada en Ciudad de México. Cuatro toros especiales habían llegado de España para la ocasión, ya que los toros españoles son más fieros que los mexicanos. Quizá sea la altitud, quizá sólo el espíritu del continente occidental, pero la cuestión es que al animal nativo le falta «bravura», como lo expresó Owen.

Aunque Owen, que era un gran socialista, no aprobaba las corridas de toros, añadió:

—Nunca hemos visto ninguna. Tendremos que ir.

—Oh, sí, creo que debemos ver una —coreó Kate.

—Y es nuestra última oportunidad —dijo Owen.

Y fue a paso apresurado al lugar donde vendían las entradas, para reservar asientos, y Kate le acompañó. Al salir a la calle, se desanimó. Era como si un pequeño personaje se enfurruñara y resistiera en su interior. Ni ella ni Owen hablaban mucho español, había un gran bullicio ante la taquilla, y un desagradable individuo se adelantó para hablar por ellos en americano.

Era evidente que debían comprar entradas de «Sombra», pero querían economizar, y Owen dijo que prefería sentarse entre la multitud, por lo cual, pese a la resistencia del hombre de la taquilla y los curiosos, compraron asientos reservados en «Sol».

El espectáculo se celebraba el domingo por la tarde. Todos los tranvías y los horribles autocares Ford, llamados *camiones** llevaban el letrero de *Toros** y se dirigían en tropel hacia Chapultepec. Kate volvió a tener aquel repentino y sombrío presentimiento de que no debía ir.

—No tengo muchos deseos de ir —confesó a Owen.

—Oh, pero ¿por qué no? Yo no creo en ellas por principio, pero nunca hemos visto una, así que *debemos* ir.

Owen era americano. Kate, irlandesa. «No haber visto nunca una significaba tener que ir». Pero era lógica americana, y no irlandesa, y Kate tuvo que dejarse convencer.

Naturalmente, Villiers iba encantado, y es que él también era americano y tampoco había visto nunca una corrida, y como era más joven, él más que nadie, *tenía* que ir.

Se metieron en un taxi marca Ford y fueron. El desvencijado vehículo bajó velozmente por la ancha calle de asfalto y piedra y melancolía dominical. Los edificios de piedra tienen en México una melancolía peculiar, dura y seca.

El taxi frenó en una calle lateral, bajo el gran andamiaje de hierro de la plaza. En el arroyo, unos hombres bastante sucios vendían pulque y dulces, pasteles, fruta y fritos grasientos. Atrevidos automóviles llegaban veloces y se alejaban renqueando. Pequeños soldados con descoloridos uniformes de algodón, entre rosados y pardos, se mantenían frente a la entrada. Sobre la escena entera se cernía la estructura de hierro de la fea e inmensa construcción.

Kate tenía la impresión de ir a la cárcel. En cambio, Owen se dirigió excitado hacia la puerta que correspondía a su entrada. En el fondo, él tampoco deseaba ir, pero era un americano nato y si había un espectáculo, tenía que verlo. Esto era la «Vida».

El hombre que revisaba los billetes en la entrada se plantó de repente, cuando estaban pasando, delante de Owen, le puso ambas manos sobre el pecho y cacheó su cuerpo de arriba abajo. Owen dio un respingo y se quedó inmóvil. El individuo se hizo a un lado. Kate estaba petrificada.

Entonces Owen adoptó una actitud sonriente mientras el hombre les hacía señas de que pasaran.

—¿Buscando armas? —preguntó, guiñando el ojo a Kate con divertida excitación.

Pero ella aún no se había repuesto del horrible susto, del temor de que aquel hombre la palpara.

Salieron de un túnel al hueco del anfiteatro de hierro y cemento. Un verdadero rufián acudió a mirar las entradas para indicarles los asientos reservados; movió la cabeza hacia abajo y se alejó con indolencia. Ahora Kate ya sabía que estaba en una trampa, en una gran trampa de cemento.

Bajaron por los escalones de cemento hasta que sólo faltaban tres hileras para el ruedo. Aquélla era su hilera. Tendrían que sentarse sobre el cemento, separados por un aro de hierro. Así eran los asientos reservados de «Sol».

Kate se sentó nerviosamente entre sus dos aros de hierro y miró a su alrededor.

—¡Lo encuentro emocionante! —exclamó.

Como la mayoría de las personas modernas, tenía voluntad de ser feliz.

—¿No es emocionante? —repitió Owen, cuya voluntad de ser feliz era casi una manía—. ¿Qué dices tú, Bud?

—Pues, sí, puede que lo sea —repuso Villiers, evasivo. Pero es que Villiers era joven, no pasaba mucho de los veinte, mientras que Owen tenía cuarenta. La generación joven calcula su «felicidad» de un modo más práctico. Villiers buscaba la emoción, pero no diría que la había encontrado hasta que fuera una realidad. Kate y Owen (Kate también tenía casi cuarenta años) debían sentir entusiasmo,

aunque sólo fuera por cortesía hacia el gran empresario, la Providencia.

—¡Escucha! —exclamó Owen—. ¿Y si tratáramos de proteger nuestro trasero de este cemento...? —y extendió solícito su gabardina doblada sobre el cemento, de modo que tanto Kate como él pudieran sentarse encima.

Miraron a su alrededor. Habían llegado temprano. Grupos de gente moteaban la ladera de cemento opuesta, como erupciones. El ruedo estaba abajo, vacío, cubierto de arena recién peinada; y sobre el ruedo, en el cemento circundante, grandes anuncios de sombreros, con la fotografía de un sombrero de paja para caballero; y anuncios de gafas, con pares de gafas dobladas supinamente, destacaban de forma chillona.

—¿Dónde está la Sombra entonces? —preguntó Owen, torciendo el cuello.

En el extremo superior del anfiteatro, cerca del cielo, había palcos de cemento. Esto era la Sombra, donde se sentaba cualquiera que fuese alguien.

—Oh —dijo Kate—, pero a mí no me gustaría estar encaramada allí arriba, tan lejos.

—¡Claro que no! —asintió Owen—. Estamos mucho mejor aquí, en nuestro Sol, que, por cierto, no creo que brille mucho.

El cielo estaba nublado, preparándose para la estación lluviosa.

Eran casi las tres de la tarde y no dejaba de entrar gente, pero todavía sólo ocupaba trozos del desnudo cemento. Las hileras inferiores estaban reservadas, por lo que el grueso de los espectadores ocupaba los niveles medianos, y la alta burguesía como nuestro trío estaba más o menos aislada.

Los espectadores ya formaban una multitud, en su mayoría hombres de ciudad, gruesos, con trajes negros muy ceñidos y pequeños sombreros de paja, y una mezcla de trabajadores morenos con sombreros anchos. Los hombres

de los trajes negros eran probablemente empleados, funcionarios y obreros de fábrica. Algunos habían traído a sus mujeres, vestidas de gasa azul celeste y sombreros de gasa marrón, con las caras tan empolvadas que parecían dulces de malvavisco blanco. A veces eran familias con dos o tres niños.

La diversión empezó. El juego consistía en arrebatarse el duro sombrero de paja a algún individuo y enviarlo hacia la pendiente humana, donde algún tipo listo lo atrapaba y lo mandaba volando en otra dirección. La masa emitía gritos burlones que casi se convirtieron en alaridos cuando siete sombreros de paja se pusieron a volar, como meteoros, sobre la ladera llena de gente.

—¡Mira eso! —exclamó Owen—. ¿Verdad que es divertido?

—No —repuso Kate, dejando hablar por una vez a su pequeño *alter ego*, a pesar de su voluntad de ser feliz—, no me gusta. En realidad aborrezco a las masas.

Como socialista, Owen no aprobó eso, y como hombre feliz, se sintió desconcertado. Porque su propio y verdadero ser, en la medida en que le quedaba, detestaba la vulgaridad tanto como Kate.

—¡Pero tiene mucha gracia! —replicó, tratando de simpatizar con la plebe—. ¡Mira, mira eso!

—Sí, tiene gracia, pero me alegro de que no sea mi sombrero —observó Villiers.

—Oh, sólo es un juego —generalizó Owen.

Pero estaba inquieto. Llevaba un gran sombrero de paja como los nativos, llamativo en el comparativo aislamiento de las filas inferiores. Después de algún nerviosismo, se quitó el sombrero y lo puso sobre sus rodillas. Pero, por desgracia, tenía una calva muy visible en su cabeza tostada por el sol.

Detrás y arriba se veía una densa muchedumbre en la parte no reservada. Ya empezaban a tirar cosas. ¡*Bum!*!, hizo una naranja destinada a la calva de Owen y que le dio en el

sombrero. Dirigió una mirada furibunda hacia atrás, a través de sus grandes gafas de concha.

—Yo volvería a ponerme el sombrero si estuviera en tu lugar —dijo la fría voz de Villiers.

—Sí, creo que es más prudente —asintió Owen con fingida despreocupación, poniéndose otra vez el sombrero.

En seguida cayó una piel de plátano sobre el limpio y primoroso panamá de Villiers, quien se dio media vuelta y miró con frialdad, como un ave decidida a atacar con el pico a la primera oportunidad pero que se alejaría volando ante la primera amenaza.

—¡Cuánto los detesto! —exclamó Kate.

Hubo una distracción cuando entraron por el otro lado las bandas militares, con sus instrumentos de plata y bronce bajo el brazo. Había tres bandas. La principal se instaló a la derecha, en el gran espacio de cemento reservado a las Autoridades. Los músicos llevaban uniformes gris oscuro adornados con detalles de color rosa, que casi tranquilizaron a Kate, dándole la impresión de que estaba en Italia y no en Ciudad de México. Una banda de plata con uniformes de color crema se colocó justo enfrente de nuestro trío, muy arriba, al otro lado de la hueca distancia, y la tercera «música» se dirigió a la izquierda, a la remota ladera del anfiteatro. Los periódicos habían dicho que asistiría el Presidente. Pero actualmente son escasos los presidentes en las corridas de toros de México.

Las bandas ocuparon su lugar, con toda la pompa de que eran capaces, pero no empezaron a tocar. El gentío llenaba ahora las gradas, pero aún quedaban espacios vacíos, especialmente en la parte de las Autoridades. A poca distancia de la fila de Kate había una masa de gente, amenazadora, por así decirlo; una sensación muy incómoda.

Eran las tres, y el gentío tuvo una nueva diversión. Las bandas, que debían empezar a tocar a las tres, seguían en su lugar arrogantes, pero sin tocar una sola nota.

—*¡La música, la música!** —vociferó la muchedumbre con la autoridad de las masas. Eran el Pueblo, y las revoluciones habían sido sus revoluciones, y las había ganado todas. Las bandas eran sus bandas, presentes para su diversión.

Pero las bandas eran bandas militares, y era el ejército quien había ganado todas las revoluciones, por lo que las revoluciones eran sus revoluciones, y estaban presentes para su propia y única gloria.

*Música pagada toca mal tono**

Espasmódicamente, el insolente griterío de la plebe subía y bajaba de tono. *¡La música! ¡La música!** El grito se volvía brutal y violento. Kate lo recordó siempre. *¡La música!** La banda hacía gala de su indiferencia. El grito era un inmenso alarido: ¡La degenerada plebe de Ciudad de México!

Al final, cuando quisieron, las bandas, con vueltas y bocamangas rosas en su uniforme gris, empezaron los primeros acordes: claros, marciales, límpidos.

—¡Estupendo! —exclamó Owen—. ¡Lo hacen muy bien! Es la primera vez que oigo a una buena banda en Ciudad de México, una banda de verdad.

La música era buena, pero fue breve. Apenas había comenzado cuando la pieza llegó a su fin. Los músicos se sacaron los instrumentos de la boca con un gesto final. Habían tocado para que no se dijera lo contrario, pero reduciéndolo al mínimo.

*Música pagada toca mal tono**

Hubo un intervalo disonante, tras el cual la banda de plata empezó a tocar. Y ya eran las tres y media, o más.

Entonces, como obedeciendo a una señal las masas de los asientos medianos, no reservados, estallaron de repente y bajaron como una marea a los asientos reservados de la parte inferior. Fue como la rotura de un dique; el populacho vestido con sus negros trajes domingueros se lanzó hacia abajo, en torno a nuestro sorprendido y alarmado trío. Y

al cabo de dos minutos todos estaban inmóviles. Sin haber empujado siquiera; todo el mundo cuidadoso, dentro de lo posible, de no tocar a nadie. Uno no propina un codazo al vecino si éste lleva una pistola al cinto y un cuchillo sobre el vientre. De modo que todos los asientos de las hileras inferiores se llenaron en una sola embestida, como una ola.

Ahora Kate se hallaba entre la plebe. Por suerte, su asiento daba a uno de los pasillos que rodeaban la arena, por lo que al menos no tenía a nadie sentado entre sus rodillas.

Por este pasillo bajo los pies iban y venían hombres preocupados, deseosos de sentarse junto a sus amigos pero sin atreverse a pedirlo. Tres asientos más allá, en la misma hilera, se encontraba un bolchevique polaco que anteriormente le había sido presentado a Owen. Se inclinó y preguntó al vecino mexicano de Owen si podía cambiar de sitio con él.

—No —contestó el mexicano—, me quedaré en mi asiento.

—*Muy bien, señor, muy bien** —dijo el polaco.

El espectáculo no comenzaba y aún seguían recorriendo algunos hombres, como perros perdidos, el pasillo que había a los pies de Kate. Empezaron a aprovecharse del reborde de cemento sobre el que descansaban los pies de nuestro trío, para acurrucarse allí.

Se sentó un tipo muy grueso, justo entre las rodillas de Owen.

—Espero que no se sienten sobre mis pies —dijo Kate con ansiedad.

—No se lo permitiremos —declaró Villiers con decisión algo ridícula—. ¿Por qué no te sacas a ese de encima, Owen? ¡Dale un empujón!

Y Villiers miró con ira al mexicano que se había instalado entre las piernas de Owen. Éste se sonrojó y emitió una risita tímida. No servía para empujar a la gente. El mexicano empezó a mirar a las tres airadas personas blancas.

Y un momento después, otro grueso mexicano vestido de negro y tocado con un pequeño sombrero negro hizo ademán de sentarse entre los pies de Villiers. Pero éste fue más rápido que él y juntó los pies bajo las posaderas del individuo, que descansaron incómodamente sobre un par de botas, mientras una mano empujaba con determinación al intruso por el hombro.

—¡No! —gritó Villiers en buen americano—. ¡Este lugar es para mis pies! ¡Váyase! ¡Levántese!

Y continuó, tranquila pero enfáticamente, empujando al mexicano para que se apartara.

El mexicano se incorporó y dirigió una mirada asesina a Villiers. Se avecinaba la violencia física, y el único final era la muerte. Pero el rostro del joven americano era tan frío y abstracto, sólo mostrando en los ojos un fuego primitivo, que el mexicano se quedó estupefacto. Y los ojos de Kate lanzaban chispas de desprecio irlandés.

El individuo luchaba con su complejo de inferioridad de mexicano de la urbe. Murmuró en español que sólo se sentaría un momento, hasta que pudiera reunirse con sus amigos, y agitó una mano en dirección a una fila inferior. Villiers no entendió una palabra, y reiteró:

—No me importan tus explicaciones. Este lugar es para mis pies y tú no vas a ocuparlo.

¡Oh, patria de la libertad! ¡Oh, patria de los hombres libres! ¿Cuál de estos dos hombres ganaría en la lucha por la libertad? ¿Era el gordinflón libre de sentarse entre los pies de Villiers, o era Villiers libre de conservar un lugar para sus pies?

Hay muchas clases de complejos de inferioridad, y el mexicano de la urbe lo tiene de una clase muy fuerte que le hace mucho más agresivo cuando se siente provocado. Por lo tanto, el intruso bajó las posaderas con energía sobre los pies de Villiers, y éste, por pura repugnancia, tuvo que retirar los pies de semejante compresión. El rostro del joven palideció en torno a la nariz y sus ojos adoptaron la mirada

abstracta de la cólera democrática. Empujó con más decisión los gruesos hombros, repitiendo:

—¡Vete! ¡Vete! No puedes sentarte aquí.

El mexicano, ya sentado y dueño de su propia base, se dejaba empujar, impasible.

—¡Qué insolencia! —exclamó Kate—. ¡Qué insolencia!

Lanzó una furiosa mirada a la espalda de la tirante chaqueta negra, que parecía hecha por una modista. ¿Cómo podía llevar un hombre un cuello tan mal hecho, tan *en famille*?

Villiers seguía con la expresión fija y abstracta en su rostro delgado, que parecía el de un muerto. Toda su voluntad americana estaba en tensión y el águila calva del norte tenía todas las plumas erizadas. Este tipo *no debía* sentarse aquí. Pero... ¿cómo echarle?

El joven ardía en deseos de aniquilar a ese repugnante intruso, y Kate usó toda su malicia irlandesa para ayudarlo.

—¿No te has preguntado quién será su sastre? —preguntó con voz burlona.

Villiers echó una ojeada a la chaqueta negra del mexicano e hizo una mueca socarrona a Kate.

—Yo diría que no tiene ninguno. Quizá se la ha hecho él mismo.

—¡Muy probable! —rió venenosamente Kate.

Era demasiado. El hombre se levantó y se fue, bastante humillado, a otro lugar.

—¡Triunfo! —exclamó Kate—. ¿No puedes hacer lo mismo, Owen?

Owen rió, incómodo, mirando al hombre que tenía entre las rodillas como quien mira a un perro rabioso cuando está de espaldas.

—Me parece que todavía no, por desgracia —repuso con cierta reserva, volviendo la cara, ya que el mexicano le estaba utilizando como una especie de respaldo.

Hubo una exclamación. Dos jinetes de alegres uniformes y blandiendo largas picas habían entrado de repente

en el ruedo. Dieron una vuelta a la arena y entonces ocuparon sus puestos, como sendos centinelas, a ambos lados de la entrada del túnel por el que habían aparecido.

Entró una pequeña columna de cuatro toreros, con uniformes muy ajustados llenos de bordados en plata. Se dividieron y desfilaron gallardamente en direcciones opuestas, de dos en dos, alrededor de la plaza, hasta que llegaron a un punto, enfrente de las Autoridades, donde saludaron.

¡De modo que esto era una corrida de toros! Kate sentía ya un escalofrío de repugnancia.

En los asientos de las Autoridades había muy poca gente, y desde luego ninguna dama con peineta de concha y mantilla de encaje. Unas cuantas personas de aspecto vulgar, burgueses sin nada de buen gusto, y un par de oficiales de uniforme. El Presidente no había venido.

No había fascinación, ni hechizo. Unas cuantas personas vulgares en un espacio de cemento eran los elegidos, y abajo, cuatro hombres grotescos y afeminados, con ropas ceñidas y adornadas, eran los héroes. Con sus traseros algo gruesos, sus ridículas coletas y caras bien afeitadas, parecían eunucos, o mujeres embutidas en estrechos pantalones, estos preciosos toreros.

La última de las ilusiones que Kate se había hecho en torno a las corridas de toros se desvaneció. ¡Éstos eran los mimados de la plebe! ¡Éstos eran los gallardos toreros! ¿Gallardos? Tanto como los empleados de una carnicería. ¿Tenorios? ¡Ja!

La muchedumbre estalló en un ¡Ah! de satisfacción. En el ruedo apareció de improviso un toro pardo más bien pequeño, con largos y arqueados cuernos. Salió corriendo a ciegas, como si saliera de la oscuridad, y pensando probablemente que ya era libre. Entonces se detuvo en seco, viendo que no era libre sino que se hallaba rodeado de una forma desconocida. Estaba totalmente desconcertado.

Un torero se adelantó e hizo ondear una capa rosa como un abanico, ante el hocico del toro. Este dio un salto ju-

guetón, limpio y bonito, y embistió suavemente la capa. El torero la pasó por encima de la cabeza del animal, y el pequeño toro dio una vuelta al ruedo, buscando la salida.

Viendo la barrera en torno a la plaza y descubriendo que podía ver lo del otro lado, pensó que valdría la pena intentar el salto, y así lo hizo, yendo a parar al pasillo o corredor que circundaba la plaza y en el que se encontraban los servidores de la arena.

Con la misma agilidad, estos servidores saltaron la barrera y cayeron de pie en la arena, donde ahora no estaba el toro.

El toro trotó por el pasillo desorientado, hasta que llegó a una abertura y se volvió a encontrar en la plaza.

Y otra vez saltaron al pasillo los servidores, donde de nuevo se apostaron para mirar.

El toro trotó un poco, vacilante y algo irritado. Los toreros le hacían señas con sus capas, y él embestía. Hasta que su vacilante curso le llevó al lugar donde uno de los jinetes con picas se encontraba inmóvil sobre el caballo.

Al instante, llena de alarma, Kate se dio cuenta de que el caballo llevaba los ojos vendados con una gruesa tela negra. Sí, y lo mismo ocurría con el caballo del otro picador.

El toro trotó, desconfiado, hasta el caballo inmóvil montado por el hombre que sostenía la larga pica; un caballo flaco y viejo que jamás caminaría hasta el día del juicio final si alguien no le empujaba.

¡Oh, sombras de Don Quijote! ¡Oh, los cuatro jinetes españoles del Apocalipsis! Éste era seguramente uno de ellos.

Él picador hizo dar media vuelta a su débil montura para enfrentarse al toro, y lentamente se inclinó hacia delante y clavó la punta de la pica en la grupa del toro. Éste, como si el caballo fuese una gran avispa que le hubiera picado con fuerza, bajó de pronto la cabeza en un gesto de sorpresa e hincó los cuernos dentro del abdomen del caballo. Y sin

más, caballo y jinete rodaron por el suelo como un monumento derribado.

El jinete salió de debajo del caballo y se alejó corriendo con su pica. El viejo caballo, totalmente aturdido, trató de ponerse en pie, como vencido por una muda incomprensión. Y el toro, con una mancha roja en el hombro, que rezumaba un hilo de sangre oscura, se quedó mirando a su alrededor con un asombro igualmente mudo.

Pero la herida le dolía. Vio la extraña forma del caballo tratando de levantarse del suelo, y olió a sangre e intestinos.

Por eso, vagamente, sin saber muy bien lo que debía hacer, el toro levantó una vez más la cabeza y clavó sus agudos y vigorosos cuernos en el vientre del caballo, moviéndolos allí dentro de arriba abajo con una especie de vaga satisfacción.

Kate no había tenido una sorpresa mayor en toda su vida. A pesar de todo se había aficionado a la idea de un espectáculo vistoso. Y antes de que empezara la fiesta, se hallaba contemplando a un toro que sangraba por la herida infligida por la garrocha, corneando el vientre de un caballo viejo, postrado y de aspecto lastimero.

El golpe casi la anonadó. Había venido a presenciar una fiesta brava, había pagado por verla. ¡Cobardía humana y crueldad, olor de sangre, un nauseabundo hedor de intestinos reventados! Volvió la cara hacia un lado.

Cuando miró de nuevo, fue para ver al caballo abandonando la arena, débil y aturdido, con una gran pelota de sus propios intestinos colgando de su vientre, chocando entre sus propias patas mientras se movía automáticamente.

Y una vez más, el asombro casi le hizo perder el conocimiento. Oyó el pequeño aplauso divertido de la muchedumbre. Y aquel polaco, al que Owen la había presentado, se inclinó y le dijo en horrible inglés: